

Revista de Neuro-Psiquiatría, 2003; 66: 271-279

**APOSTILLAS A UNA
“HISTORIA DE LAS IDEAS PSIQUIÁTRICAS”.
PRIMERA APOSTILLA LA URDIMBRE CREENCIAL,
CATEGORÍA ANTROPOLÓGICA**

Por JORGE JOAQUÍN SAURÍ

RESUMEN

El autor muestra la incidencia, en el desarrollo de las ideas psiquiátricas, de la urdimbre creencial, esto es de la disposición básica que las sustenta. Se trata de la categoría antropológica con la cual la persona cuenta y descuenta con los fundamentos necesarios para tejer su modo de existir, sentir, entender y actuar. Todo comportamiento, incluso el intelectual, depende entonces del sistema ínsito en la urdimbre creencial en la cual se nutre y apoya condicionando, según el tiempo histórico, el modo de preguntar y de responder. En este vaivén se teje el saber psiquiátrico.

ABSTRACT

The autor shows the incidence, in the development of the psychiatric ideas, of the warp creencial, this is of the basic disposition that sustains them. It is the anthropological category with which the person counts and discounts with the necessary foundations to knit her way of existing, to feel, to understand and to act. All behavior, even the intellectual, depends then on the inherent system in the warp creencial in which is nurtured and supports conditioning, according to the historical time, the way of asking and of responding. In this way the psychiatric knowledge is knitted.

PALABRAS-CLAVE : Urdimbre, creencia, ideas, historia.

KEY WORDS : Warp, belief, ideas, history.

No fue de un día para otro que a Walter Griessinger se le ocurrió enunciar el concepto de psicosis única, que Sigmund Freud desarrolló la noción de inconsciente, o Pierre Janet expuso aquella de automatismo psíquico. Muchas de estas ideas “estaban en el aire”, “se palpitaban”, “se avizoraban” y, cuando alguien con capacidad y espíritu creativo las articuló y relacionó entre sí, cuajaron en versiones entretrejidas en un armazón teórico-práctico. En efecto, la historia de las ideas narra que, en determinados momentos históricos, en especial durante las crisis, surgen preocupaciones parecidas, temas emparentados y desarrollos compartidos entretrejidos en fundamentos participados y enlazados. Estos fenómenos vinculados con los modos de “estar-en-el-mundo”, pensar, relacionarse y habitar y que se entrelazan e intercomunican, constituyen la urdimbre, esto es, el cañamazo del modo humano de haberse-las “en” y “con” las diversas situaciones.¹ ¿Qué implica esto para las ideas psiquiátricas?

ARACNEUS ORDIOR TELA

Recurrir a la etimología trae a la superficie significaciones que arborizadas en diversos campos semánticos dormitan a la espera de ser reactualizadas. Mas “las palabras no tienen etimología porque sean palabras sino porque son usos. Pero esto nos obliga a reconocer y declarar que el hombre es constitutivamente, por su inexorable destino como miembro de una sociedad, *el Animal Etimológico*. Según esto la historia toda sería un inmensa y grandiosa totalidad, el grandioso sistema de las etimologías donde anida y crece la historia, única disciplina que puede descubrir el sentido de lo que el hombre hace, de lo que es, escribió Ortega.² ¿Cuál es, entonces, la significancia básica subyacente en el verbo urdir?

La respuesta remite a una amplia colección de términos emparentados por el uso del sufijo indoeuropeo *Ar* que designaba la acción de colocar y ajustar: “armario” es el mueble donde guardar y ordenar la vestimenta; “gendarme”, la persona encargada de cuidar el orden, “armonía”, “aristocracia” y “adorno” remiten a cosas, objetos y relaciones ordenadas y ubicadas de cierta manera, etc. Participe de esta misma orientación, el vocablo “urdimbre” nombra al conjunto de hilos básicos de una tela, idea que el idioma griego expresó mediante el vocablo *Uphaino* relacionado con el tramado material o moral de algo. Lo importante es que este término, básicamente denominación de la acción de tejer mentaba también la actividad destinada a disponer los cimientos de una casa, a componer un texto, así como a la de montar un engaño, por lo cual el sustantivo *Uphe* nombraba la tela construida para atrapar algo, como la de la araña. La significación primordial de estos vocablos nombraba pues la disposición sustentadora necesaria para la construcción de un edificio, de un argumento o del tendido de trampas para apresar, aludiendo en lo ético a la relación existente entre prudencia y perfidia.

Con una significación similar, el latín *Ordior* designó la acción de disponer y ordenar hilos entre sí, pero el uso popular del vocablo privilegió la aceptación de un estambre donde asentar el hilado. Por su parte, la vecindad fonética del vocablo con *Orior*, cuya significancia era hacer y orinar -origo es el origen-, agregó la de colocación y ajuste previo al desarrollo de una actividad. A su vez, otra vecindad fonética, esta vez con *ordo* –*ordo senatorialis*, *ordo equester* y *ordo plebeius*– agregó la idea de ordenar y ordenamiento, como sucedió con *Exordium*, que mentaba la acción de comenzar algo ordenando su trama, *Primordia*, los primeros comienzos, y *Ordi-*

turas, la estructura en su acepción arquitectónica. En consecuencia *Urdire*, de donde el vocablo castellano urdir, designó actividades diestras, operativas y sustentadoras que, en ciertas circunstancias, podían ser aprisionantes.

Los poetas jugaron con estas significaciones y Ovidio contó, en un conocido relato, que Aracné, habilidísima tejedora desafió henchida de orgullo, a Minerva, diosa de la sabiduría y de la tejeduría, a comparar sus habilidades. Puestas cada una de ellas a hacer un tapiz, la retada representó la majestad áulica de los Olímpicos mientras que, en son de burla, la retadora lo hizo con los engañosos e ilícitos amores de los dioses. Enfurecida por la osadía de una simple mujer, la hija de Júpiter destrozó el tejido de su rival quien huyó temiendo un castigo mayor, pero la diosa “por no se sabe qué resto de piedad, la sostuvo en el aire y le habló así: «Vivirás, insolente Aracné, siempre de esta forma suspendida; tal será tu castigo para toda la posteridad». Al marcharse, Minerva le arrojó el jugo de una hierba venenosa que le hizo caer los cabellos, la nariz y las orejas, su cabeza y su cuerpo disminuyeron, las piernas y los brazos en patas sutilísimas se tornaron, y el resto del cuerpo no presentó más que un grueso vientre. De esta manera, en araña transformada, sigue tejiendo con sus hilos la tarea a que ella estaba acostumbrada”. (Metamorf. I,³). Mientras la obra de Minerva glorificó a los dioses, la de Aracné, fruto de su vanidad, urdió un artificio para burlarse de ellos; mas al descubrir el ardid, la astuta diosa castigó a la mortal transformándola en araña, insecto que teje sutiles telas para atrapar presas. La metáfora es clara: la urdimbre, disposición básica sustentadora y activo sostén articulante, condiciona y encierra lo tramado remitiendo a una ambivalente categoría antropológica de modos básicos y primigenios

de concebir elementos y relaciones generadoras de disponibilidades, aperturas y vacancias. ¿Qué significa, entonces, adjetivarla de creencial?

CREENCIAS

Gracias a sus creencias, la persona cuenta y descuenta con los fundamentos necesarios para tejer su modo de existir, sentir, entender y actuar. Al apoyar los pies en el piso contamos con la solidez del piso y con la fortaleza de nuestras piernas para sostenernos, contamos con que el sol sale por las mañanas y la luna por la noche, contamos con el cariño materno, con la lealtad de nuestros amigos y, también, con aquello que sustenta nuestros modos de existir. Y, por este motivo, esto es por no pertenecer al área de la verdad, ni del discurso intelectual, ni imaginario o a la acción, ni al de la estabilidad, ellas no traen certeza ni seguridad ya que son implicancias insitas en la existencia no propiedades de ella. Su contenido fenoménico, es decir, aquello que creemos, puede ser objeto de duda, entrar en crisis y modificarse, pero las creencias en sí son notas constitutivas de la praxis de personalización y si bien existir humanamente supone un constante cuestionamiento de la realidad tal como aparece, también contamos con lo necesario para hacerlo—el cuerpo, los Otros, un determinado ordenamiento, etc.—sin necesidad de estar someténdola a un constante examen. Y así como la rosa es rosa por ser rosa, creemos porque creemos.

Intentar distinguirlas —agrupamos las creencias según aquello a lo cual remiten— no es cosa fácil y solemos confundirlas —la creencia no es un fenómeno meramente individual— con las ocurrencias o pensamientos. “En rigor sólo estas últimas deben llamarse «ideas». Las creencias constituyen la base de nuestra vida, el terreno sobre la

que acontece. Porque ellas nos ponen por delante lo que para nosotros es la realidad misma. Toda nuestra conducta, incluso la intelectual, depende de cuál sea el sistema de nuestras creencias auténticas. En ellas vivimos, nos movemos y «somos». Por lo mismo, no solemos tener conciencia expresa de ellas, no las pensamos, sino que actúan latentes, como implicancia de cuanto hacemos o pensamos. Cuando creemos en realidad en una cosa, no tenemos la «idea» de esa cosa, sino que simplemente contamos con ella”.³ En este sentido afirmar o negar “yo creo”, formulación antipredicativa es previa a la palabra o la modalidad expresiva que la actualizará. Mas no todas tienen igual rango y algunas están menos expuestas que otras a la duda. Su idiosincrasia, caduca y vulnerable, las diferencia de la Fe, fenómeno espiritual, en el cual participan trascendentales vínculos de religación. Mas como su campo es el de la vida –recordemos que no pueden ser contextualizadas en orden a la verdad– ellas enrolan a la persona y la comprometen por el hecho de existir. O sea, que si bien las creencias eliminan la “duda hacia atrás”, alimentan la “duda hacia delante”.

Detengámonos a considerar sus notas fundamentales, su idiosincrasia histórica, la idea de relación y su índole compleja.

HISTORICIDAD

El estudio de la urdimbre creencial que sostiene y alimenta las ideas psiquiátricas, la descubre, describe, interpreta y pare como un hecho compresente a la andadura del hombre y a las vicisitudes del ir haciéndose persona. Y esto permite, si nos ocupamos de las perturbaciones de su salud mental, que podamos estudiar la actividad psiquiátrica en la época de Pinel o de Ramos Mejía desde la vertiente social, y preguntarnos por la situación política de ese momento para conocer las condiciones de

las internaciones asistenciales, que hagamos una investigación económica, averiguando los costos del tratamiento en los asilos, los estipendios de los médicos o de los encargados de la enfermería a comienzos del siglo XX, o que nos preguntemos por la teoría y la práctica psiquiátrica de hace treinta años, etc. El referente central de estas averiguaciones es la persona, lo cual plantea la necesidad de averiguar el surgimiento de estas inquietudes en un momento determinado, qué significaron, cómo se desarrollaron y para qué se llevaron a cabo. Esto lleva a calar más hondo en los hechos interrogados e ir más allá de los circunstanciales y los contenidos anecdóticos. O sea, conocer el *Sitz im leben*, porque la urdimbre en la cual emergen los hechos, se tejen las vivencias, las vigencias y sostienen las ideas relativas a ellos, tiene carácter cotidiano y situacional. Y si bien, como lo estableció el naturalismo, esto conduce a sopesar e interpretar el encadenamiento lineal y término a término de los acontecimientos utilizando una lógica teleológica, es imprescindible profundizar en los datos obtenidos valorando la participación de fenómenos cuya gravitación influye en todas las afirmaciones, negaciones y dudas acerca del tema abordado. No basta descubrir o interpretar para conocer el carácter y temperamento de los hechos psiquiátricos, de una depresión o de un delirio, por ejemplo, sino que es necesario penetrar en la persona deprimida o delirante con un procedimiento helicoidal semejante a la acción del trépano, que permita emerger aquello que estaba esperando ser descubierto. Tal tratamiento permite llegar a conocer la urdimbre con la cual se tejen hechos y entender por qué los nosólogos tuvieron su apogeo a fines del siglo XVIII, o Baillarger, Janet o de Clérambault creyeron en el automatismo, H. Jackson postuló la jerarquización de las funciones nerviosas.

Más, si bien los resultados de tales pesquisas se concretan en narraciones, contar lo sucedido para entender “lo sido” exige ponderar inscripciones, rastros, huellas e interrogar la Tradición para leer la participación del conjunto de lo “entregado” por la urdimbre. La exhumación de estas reliquias, asentadas en las huellas inscriptas por la andadura personal y comunitaria, permitirá entender modos de concebir la realidad, de teorizarla y tratar con ella. Nada obtenemos, en efecto, con conocer que durante siglos la histeria fue llamada *opresión de la matriz* si no ubicamos esta expresión metafórica en el contexto de la vida cotidiana del hombre de ese entonces, destrabando los obstáculos y transformaciones de las ideas en boga.⁴ En efecto, ni la praxis de personalización, ni las perturbaciones mentales se tejen del mismo modo en diferentes momentos históricos o situaciones vitales y sí, como lo admitió la Ilustración, creemos poder someter la Naturaleza para beneficio del hombre, concebiremos al hecho psiquiátrico en función de la producción eficaz; pero no es lo mismo creer en un Robinson como prototipo humano que ubicarlo en el contexto de la hipótesis Gaia donde la persona integra un ecosistema. Conocer la biografía es básico para el ser de índole histórica, pues la urdimbre es a la vez biológica, social, cultural, y espiritual. La historicidad, uno de sus ejes apodícticos, se corresponde con este hecho, lo fundamenta y garantiza: la persona y sus perturbaciones mentales se van haciendo en una trama de la cual participan creativamente los demás hombres. Conocer la distribución de los integrantes de una urdimbre creencial es importante porque abre horizontes para nuevos desarrollos, genera desplazamientos, ataques y defensas de carácter histórico, alimenta constelaciones de disponibilidades, posibilidades y brinda proyecciones. Discutir acerca de la totalidad de sus haces

interactivos, permite la emergencia de ideas e imágenes primigenias que dan respuesta de lo que sucedió porque es abrevadero de actividades imaginarias y discursivas, individuales y grupales, personales o comunitarias y de utopías. Haber creído que el *Cogito* era el centro de la actividad psíquica condujo a conceptualizar las perturbaciones mentales de modo diferente, a como lo hacemos hoy en día cuando admitimos su descentramiento. Y esto evidencia la complejidad de sus notas axiales.

COMPLEJIDAD

La urdimbre creencial es una totalidad cuyos miembros están organizados con caracteres y funciones propias, inexplicables en función de una causalidad pues no están encadenados a una dependencia causal, sino relacional, lo cual no elimina los antecedentes que se reordenan y resignifican según las situaciones. Esta compleja organización integrada por procesos discontinuos de crecimiento —un proceso supone un haz de relaciones— gracias a los cuales el estambre cumple sus funciones de zócalo. Pero las urdimbres entran en acción, surge una nueva organización donde, por mor de incorporaciones y exclusiones, se reorganiza otra complejidad aprovechando los espaciotiempos dejados libres por las desorganizaciones. Reorganización y emergencia son procesos solidariamente entrelazados, que reclaman un crecimiento adecuado para que pueda llevarse a cabo gracias a la circulación de informaciones y mensajes. La urdimbre incorpora de modo habitual, nuevos conjuntos informáticos enmarcados en una banda de tolerancia con cierto “orden de fluctuaciones”, pero cuando estas oscilaciones sobrepasan o no alcanzan umbrales críticos, emergen funcionamientos distintos de los convencionales. Si algo traba o perturba esta actividad, un conflicto, una pérdida, etc.—,

la totalidad se desorganiza y emerge un diferente nivel lógico de formalización que puede llegar a constituir una patología. *Order from noise*, teoría del caos y fractales abordan el tema. De hecho, la interrelación entre las diversas situaciones genera sub-totalidades interactivas, dos de las cuales, la estructura y los sistemas, tienen esta particular relevancia en patología.

a) Las relaciones

La insuficiencia de la prioridad acordada por el naturalismo a las representaciones para sustentar un esquema referencial psiquiátrico eficaz, hizo caer en la cuenta de la anterioridad constitutiva de la relación, y esto acarrió un cambio en la concepción de la Locura porque soslayó el peligro de sustancializarla. En efecto, estudiar las relaciones, esto es, la referencia de una cosa con otra, saca al *Cogito* de su papel centralizante y destaca el valor de las conexiones entre los “conjuntos asociativos”, en la constitución de los procesos patológicos. Sin que implique menospreciar el papel de las representaciones, considerar las relaciones evidencia que la perturbación mental se asienta en plexos con efectos propios, diversos enlaces, conexiones y entrecruzamientos de heterogénea complejidad. Y esto remite a un nivel de organización donde no se trata ya de ordenamiento—recordemos cómo los alienistas del naturalismo se preocupaban por estudiar las fases y estadios de una afección mental— sino de organización, poniendo en evidencia la solidaridad entre creencias e ideas, consciente e inconsciente, persona y cultura. Urdimbre, personalización y situación, aparecieron entonces en tanto totalidades históricas respectivas integradas por procesos, funciones y significaciones dinámicamente articuladas con las específicas de cada uno de sus miembros. Las ideas de comparación y conformidad, igual-

dad y semejanza, proporción y desproporción, diferencia y dependencia, trato y parentesco, acoplamiento, reciprocidad, comunicación, vínculos y pertenencia, series constitutivas encadenadas, juegan un papel básico en la comprensión, no sólo en la descripción, de la actividad mental y sus perturbaciones. Tales cadenas de procesos, ligados unos con otros, se entrecruzan originando “sitios” situacionales de intersección y convergencias de cruce y empalme dinámico-funcional que son *locii minorae resistentiae*. Tenerlos en cuenta permite ahondar en la conceptualización psiquiátrica mostrando que, mientras las representaciones se articulan entre sí configurando un determinado orden, los plexos de relaciones están encadenados en conjuntos solidarios y congruentes donde el trastorno o alteración de uno de ellos acarrea la remodelación del todo. Y en función del valor que tengan en la vida del Sujeto, su influencia será mayor o menor para desencadenar una elaboración patológica. Pensar los hechos psiquiátricos refiriéndolos a las relaciones trae pues una innegable evidencia: las “constelaciones relacionales”, los plexos y conjuntos asociativos promueven un modo específico de pensar dinámico donde las ideas de estructura y de sistema son sus concreciones. La complejidad es la tercera nota axial en la institución de la urdimbre creencial en la cual se entretejen las vicisitudes mórbidas de la personalización.

b) Estructuras

Las diversas estructuras integrantes de la urdimbre están ligadas entre sí al modo de constructo. Una cita de X. Zubiri nos ayudará a puntualizar el tema. “En nuestras lenguas indoeuropeas se pone en genitivo, mediante una flexión nominal, el sujeto “de” quien es la cosa. Por ejemplo, para decir “casa de Pedro” se dice *domus Petri*, que literalmente es “casa de Pedro” donde

el “de” afecta morfológicamente a Pedro y no a la casa. Pero en algunas lenguas semíticas, a veces, quien se pone en genitivo (digámoslo así) es la casa, pues lo que se quiere expresar formalmente es sólo la pertenencia de ella a Pedro, y así se dirá “casa-de-Pedro”. Es lo que se llama *estado constructo* del nombre (casa), a diferencia del estado “absoluto” en el que queda Pedro. La casa no es la casa sin más, sino que es formalmente “casa-de-Pedro” mientras que éste es sólo el término inafectado y absoluto de esta singular “relación”. Juntos forman un todo unitario, por esto, en el estado constructo, como es bien sabido, los dos términos forman una unidad semántica, morfológica y hasta prosódica indisoluble. En esta unidad, el estado constructo expresa pues, con todo rigor, que el hombre en dicho estado envuelve como momento que *hic et nunc* le pertenece intrínsecamente, la versión al sustantivo absoluto y por tanto, forma unidad sistemática con él. En el ejemplo citado, trátase de una “relación” de pertenencia a Pedro, relación que es intrínseca a la casa en sí misma, pero que *hic et nunc* es intrínseca a la condición judicial actual. Pero si trasladamos estas consideraciones a la realidad física de algo, entonces el estado constructo “nota-de” no expresaría una relación sino algo *toto coelo* distinto: la “respectividad interna” que lo favorecía, no en todo momento, expresa que la realidad misma de la nota es la que por y desde sí misma, esto es, constitutivamente, es “realidad-de” las demás notas del sistema. Cada nota es *ab intrinseco* una nota de carácter físico “constructo” en cuanto realidad. Genitivo no significa, pues, “generante”, ni “modificante” (flexivo) sino “constructo”.⁵ Y esto indica que la unidad del proceso patológico al cual concurren diversas notas se basa en la “respectividad interna” no a la suma de diversos elementos. Priorizar la idea de representación, había conducido a concebir que el delirio, por

ejemplo, es un daño del *Cogito* donde el uso de la preposición “de” —el delirio “de” Perceval, “de” Schreber, etc.— remite a quien se le atribuye la identidad de “delirante”. Entender esta misma alteración en orden a la complejidad de las interrelaciones permite caer en la cuenta de que, allende la representación, se trata de un constructo donde la persona “deliracon” la situación lo cual, más allá de lo individual, involucra también al grupo. La distinción entre momentos estructurales de desvío y distorsión del delirio remite a este hecho.⁶

Una estructura supone pues el encañamiento de “momentos” relacionales en un proceso cuyas notas constitutivas, en estado de fluencia, están orientados hacia lo que “aún no es”, no hacia una “forma” acabada. Y esto implica que, si por diversos motivos, la dinámica se estanca o detiene, pueden surgir fenómenos favorecedores de la emergencia de lo patológico. Dado su carácter dinámico, que la hace estar siempre en movimiento, la complejidad relacional “experimenta una transformación profunda, adopta un modo de funcionamiento completamente distinto, estructurado en el tiempo y en el espacio, funcionalmente organizado”, asegura Prigogine y, entonces, prosigue, surge “un proceso de autoorganización, lo que hemos denominado estructura disipativa. Podemos decir que la estructura disipativa es la fluctuación amplificada, gigante, estabilizada por las interacciones con el medio; contrariamente a las estructuras en equilibrio, como los cristales, la estructura disipativa sólo se mantiene por el hecho de que se nutre continuamente con un flujo de energía y de materia, por ser la sede de procesos disipativos permanentes”.⁷ O sea, que si por diversas causas y motivos, se instala la estabilidad se detiene el equilibrio del flujo de la urdimbre, surgen repeticiones y pueden emerger elaboraciones patológicas

de las situaciones vividas por cambiar la estambre, también lo hacen las texturas. El fenómeno de repetición compulsiva, teóricamente avizorado desde fines del siglo XIX, latente en el concepto de idea fija desarrollada por la psiquiatría francesa, en el de *zwang* usado por los alienistas germanos y desarrollado con mayor profundización por el psicoanálisis, está ligado a estas eventualidades.

c) Sistema

Mas, no todas las organizaciones de las relaciones son estructuras, y cuando aquello en juego es de mayor complejidad, lo emergente son sistemas, es decir, conjuntos de procesos sintácticos con mayor grado de formalidad donde participan subsistemas heterogéneos ligados a la información, su circulación e intercambio. Los diversos acontecimientos aportan novedades que originan posibilidades vinculadas con modalidades socioculturales vigentes, étnicas, políticas, espirituales, etc. Un trozo del libro de los Ortigues acerca del *Edipo africano* es explícito al respecto. En Algeria, dicen, “la enfermedad no es una entidad clínica. Para las enfermedades mentales la única clasificación que existe es por causas intencionales o sobrenaturales, por ejemplo, el elemento de coherencia en la representación de la enfermedad es el *rab*. Se refieren ya sea a una acción que contraría a los *rab*, o al “amor” posesivo de los *rab* ligados a una familia, etcétera. Por eso, nuestros consultantes se desorientan cuando los interrogamos. El marabuto o el curandero sólo plantean dos preguntas: ¿dónde empezó la enfermedad, en qué lugar y cuándo, qué día, a qué hora? Lugar y momento de aparición de las perturbaciones son elementos de base utilizados para el diagnóstico a través de procedimientos adivinatorios diversos, diagnóstico que enunciará las causas de la enfermedad. No

se trata de lo que siente el sujeto, de los síntomas, de la descripción de la enfermedad (salvo para eliminar algunas manifestaciones orgánicas que se reconocen como de competencia del “hospital”).⁸ O sea que, cuando acontecimientos conflictivos o temidos traban y desestructuran el equilibrio inestable, emergen variaciones sistémicas que remodelan y resignifican las relaciones y estructuras preexistentes. Esto no implica negar el rol de las representaciones sino admitir y valorar el hecho de que en un ecosistema —la personalización y urdimbre son ecosistemas interrelacionados— selectivo, autolimitado, autogenerado y autopetruante, regula el brusco y el desmedido aumento energético e informativo permeabilizando algunas vías y obturando otras. Como consecuencia, cuando el proceso alcanza niveles de saturación, algunos de sus componentes se especializan y emerge otra modalidad organizativa acorde o no con las circunstancias. Orden y desorden conviven en un equilibrio inestable. Estudiar la Locura en tal perspectiva agrega a los datos recogidos por la clínica, ya los procesos puestos en evidencia por la psicopatología, datos de raigambre informativa y comunicacional.

REDES

Ahora bien, tales estructuras y sistemas complejos pueden agruparse en redes, conjuntos sistemáticos de relaciones que al cruzarse entre sí generan “nodos”. En su textura participa la intención de quien las registra y se interesa en ellas: un escultor o un investigador de física cuántica no valora las mismas importancias por lo cual se las tematiza, que un psiquiatra, según los intereses dominantes. El sustantivo *thema* designó, en su origen griego, lo puesto o depositado en algún lugar: el dinero en una casa comercial, la ofrenda ante los altares de los dioses, la raíz de una palabra o, de modo

más general, el objeto colocado en una caja, baúl o cofre. Esta significación permaneció en su acepción general castellana, donde “tema”, vocablo de uso predominantemente literario, designa la proposición tomada por asunto de un discurso, mientras tematizar menta la operación que desarrolla su materia. Se trata de un proceso que busca poner en franquía los diversos tópicos, esto es en condiciones de ser explicitados en un rumbo propio, aunque relacionado con otros temas compresentes. Y en esta acepción, ocuparse de la tematización biológica de las ideas psiquiátricas, por ejemplo, si bien dispensa de hacerlo en orden a lo social o espiritual, no anula la participación de los hechos de otra stirpe, como económicos, políticos, espirituales, etc.

Mas, si bien despeja el horizonte y alivia la carga, tematizar sólo explicita un aspecto de lo considerado e impone un modo

de preguntar. No podemos interrogar, por ejemplo, la retroalimentación de la cadena neuronal utilizando un cuestionario informático, ni a las costumbres sociales mediante análisis bioquímicos. Cada red de la urdimbre tiene su propio tema y prioriza determinados puntos. Como consecuencia, estudiar las ideas acerca de la Locura supone básicamente no menos de tres: una red paradigmática, dirigida al conocimiento científico, otra epistémica referida a las experiencias y saberes socioculturales y espirituales, y, por fin, otra ideológica mediante la cual se expresan las opiniones acerca de ella. Y como estas redes se recortan, solapan y mezclan entre sí, aquello a tratar resulta altamente complejo, lo cual impone practicar recortes con fines didácticos para facilitar su explicitación que, allende la presentación de un asunto y el modo de abordarlo, ordena su desarrollo en diversos textos y discursos.

BIBLIOGRAFÍA

1. Una primera aproximación a este tema apareció con el título *Del síntoma al texto* en *Homenaje al Profesor Javier Mariátegui*, Universidad Peruana Cayetano Heredia, Lima, 1991, p. 57 ss.
2. Ortega Gasset J.: *El hombre y la gente* en *Obras Completas* t. VII, Alianza, Madrid, 1983, p. 22.
3. Ibid. *Ideas y creencias* en o.c., t.V, p. 387.
4. Saurí J. J.: “Los nombres metafóricos de la histeria”. *Acta psiquiát, Psicol. Amér. Latina*, 2000, 46:363.
5. Zubiri, X.: *Sobre la esencia*. Sociedad de estudios y publicaciones, Madrid, 1963, p. 289.
6. Saurí J. J.: *Lecturas de la psicopatología*. Ed. De Belgrano, Buenos Aires, 1982, p. 93.
7. Prigogine I.: *Tan solo una ilusión*, 2ª edición Tusquets, Madrid, 1988, p. 88.
8. Ortigues M. y E. *El edipo africano*, Noé, Buenos Aires, 1974, p. 35.